

es natural y necesaria; debe por tanto, ser de un amor tambien natural y necesario; mas no es así el de las criaturas que han de ser, como que es libre, y supone el decreto de su existencia, el cual pudo no darse. Con todo, como estas criaturas se ordenan por Dios á la existencia, Dios las ama y así juntamente, [1] de su amor procede el Espíritu Santo; mas no del de aquellas que tan sólo, son posibles á las cuales no ama el Señor.

El amor del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo, en que se aman uno y otro; porque amar nocionalmente, que es del amor de que tratamos, no es otra cosa sino espirar amor, como hablar es producir la palabra, y florecer producir flores; y así como decimos que los árboles se engalanan y florecen con sus flores, y el Padre se dice á Sí mismo y á las criaturas en su Verbo; así tambien decimos, que Uno y Otro, el Padre y el Hijo, se aman á Sí mismos y á nosotros, en el Espíritu Santo. [2]

El Espíritu Santo es el Don de Dios. Podemos entender el don, esencial, nocional y personalmente. En el primer sentido nos referimos á lo que gratuitamente puede darse, y así conviene á toda la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas que se nos pueden comunicar por su bondad infinita. En el segundo sentido nos indica el origen pasivo, y conviene tan sólo, al Hijo y al Espíritu Santo, que tienen su origen del Padre. Finalmente, la última acepcion conviene al Espíritu Santo, porque el don, con propiedad, indica donacion gratuita, y la razon de esta, es el amor; pues

(3) Per accidens et concomitanter. Billuart. (4) D. Th. I. p. q. 37. a. 2.

graciosamente damos á alguno, porque queremos el bien para él mismo; mas ¿qué es lo que primero se le da, sino el amor que tiene razon del primer don, y por el que, se le dan todos los bienes? Por esto el Espíritu Santo procediendo como amor, procede en la razon perfecta de don primero siéndole propio tan hermoso nombre. (1)

Si abrimos la divina Escritura, hallaremos en ella que el Espíritu Santo es llamado el don de Dios. Hé aquí las siguientes palabras del Divino Salvador, que lo demuestran: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto dijo Jesus, añade el Evangelio, por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyeren en El. (2) Y por esto dijo San Pablo: Todos hemos bebido un mismo Espíritu. [3] Mas el don de Dios ¿es por ventura, el agua de que habla el Salvador? Recordamos que cuando su Majestad habló con la Samaritana, le dijo: Dame de beber. La Samaritana le contestó: ¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy Samaritana? Jesus le respondió: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú de cierto le hubieras pedido á él y él te hubiera dado agua viva..... Cualquiera que bebe del agua que tú llevas, tendrá sed otra vez; pero quien bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamas volverá á tener sed: y esa agua será en su seno un manantial de agua que saltará hasta la vida eterna. [4]

El Apóstol nos ha dicho: Á cada uno de nosotros

(1) Id. q. 38. a. 2. Billuart. (2) Joann. VII. 37. 39. (3) I. Cor. XII. 13. [4] Joann. IV. 7, 14.

se le ha dado la gracia á medida de la donacion de Cristo. Y para manifestarnos que esta es el Espíritu Santo, añade: Al subirse á lo más alto, llevó consigo cautiva, á una gran multitud de cautivos; y derramó sus dones sobre los hombres. (1) Y ¡á quién se oculta que el Divino Salvador, despues de su ascension á los cielos, dió á los apóstoles su Divino Espíritu, Él que los hacia hablar en las lenguas de todos los hombres? Y ved que se nos habla de dones, tanto porque así consta en el salmo de donde San Pablo tomó su testimonio, como tambien, porque el Salvador da sus dones á los hombres, como la cabeza á sus miembros; y en los hombres los recibe, como en sus mismos miembros; miembros por los cuales exclamaba desde el cielo: Saulo, Saulo ¡por qué me persigues? [2] Y de esos miembros tambien dijo: Lo que hisisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. [3] Y esos dones que el Hijo de Dios da á los hombres, el Espíritu Santo los divide; y aunque aquellos sean distintos, uno es solamente el Espíritu que los reparte á cada uno segun quiere. [4]

Oigamos otros testimonios de los libros santos. Decian á San Pedro los judíos: ¡qué es lo que debemos hacer? Pedro les contestó: Haced penitencia, y sea bautizado cada uno en el nombre de Jesucristo, para remision de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Así tambien, cuando Simon mago dijo al príncipe de los Apóstoles y á San Juan: Dadme á mí esa potestad, para que á cualquiera á quien imponga yo las

[1] Ephes. IV. 7, 8. (2) Act: IX. 4. (3) Matth. XXV. 40.
 (4) I. Cor. XII. 11.

manos, reciba el Espíritu Santo; Pedro le respondió: Perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios. Y otra vez que predicaba el mismo Apóstol la fe de Jesucristo á Cornelio y á otras personas, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que le oían; y los fieles, judíos en otro tiempo, que habian venido con Pedro, quedaron admirados, al ver que la gracia del Espíritu Divino se derramaba tambien sobre los gentiles. Pues los oían hablar varias lenguas, y publicar las grandezas de Dios. Entónces dijo Pedro: ¡Quién puede negar el agua del bautismo á los que, como nosotros, han recibido tambien al Espíritu Santo? Y los mandó bautizar: Y dando despues, razon de su conducta decia de esta manera: Habiendo yo empezado á hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como descendió, al principio, sobre nosotros. Entónces me acordé de lo que decia el Señor: Juan en verdad ha bautizado con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Pues si Dios les dió á ellos igual don, y del mismo modo que á nosotros, (1) que hemos creído en nuestro Señor Jesucristo; ¡quién era yo para prohibir que Dios les diese el Espíritu Santo? (2)

El Espíritu Santo, el Divino Amor, el Don de Dios. Recojamos un instante nuestro espíritu: pensemos en Dios, amemos á Dios, roguemos á Dios.

¡Quién es la Tercera persona de la Santísima Trinidad? Por dicha nuestra lo sabemos; es un Dios altísimo, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo; fuente viva, ardiente fuego, amor divino, sagrada

(1) Ita. D. August. citant. (2) Act. II. 37, 38.—VIII. 20.—X. 44. 48.—XI. 15, 17. D. August. c. 19. n. 33, 34. 35.

unción. Es el Dios que recibe del Padre y del Hijo cuanto tiene, y tiene todo lo que es del Uno y del Otro: es grande, perfecto y amable: procede de la voluntad del Padre y del Hijo, lleno de perfeccion y de belleza, de gloria y santidad; cautiva nuestras almas al pensar en Él; y las hace suspirar tan dulcemente, que en cada suspiro que mandamos á su trono parecemos morir de santo amor. Un fuego misterioso nos consume, y sentimos una sed abrasadora; y corremos hácia el que es fuente viva, para extinguirla en sus ondas de salud y vida eterna.

Tal vez disipado el corazón, no siente la dulzura que nos dan los consuelos del Espíritu Divino; y con todo, volvemos hácia Él nuestras miradas, porque es la unción de divina caridad y santa gracia: El árbol tiene esperanza de reverdecer, aunque sea cortado; y en efecto, brota y echa sus renuevos, aunque sus raíces estén envejecidas en la tierra, y su tronco amortecido en el polvo, al olor del agua retoñará, y echará frondosas ramas, como la primera vez que fué plantado. (1) Así nuestra esperanza pendiente la tenemos del Espíritu Divino, en quien pensamos, á quien amamos y dirigimos nuestras peticiones. Y ¿qué podemos pedirle? Él es el Don por excelencia; y si es dado por el Padre y el Hijo, se da también Él mismo, porque es grande y soberano, y espira donde quiere, y obra todas las cosas repartiendo sus dones á cada uno, segun Él mismo quiere: porque en Dios no es condición humilde la del Divino Espíritu, como don del Padre y del Hijo, y dominio de estas dos personas, sino concordia santa, en-

(1) Job. XIV, 7, 9.

tre Ellas y Aquél Sagrado Espíritu. [1]

No podemos terminar el presente capítulo, sin decir siquiera una palabra, sobre el nombre de Consolador, Paráclito, que singularmente apropiamos al Espíritu Santo; [2] porque reanima y llena nuestras almas de alegría, tan dulce nombre. Propio es de la amistad el deleitar, y darnos el consuelo en todas las tristezas de la vida; en estas circunstancias ¿á dónde irémos á buscar auxilio, ó á pedir consejo, á calmar el llanto, y recibir la paz, sino al seno mismo de aquellos que nos aman? Y el Espíritu Santo nos hace amigos de Dios, y también que Dios, de asiento more con nosotros y nosotros vivamos en Él mismo.

¿Quién no siente acá en la tierra, el peso del trabajo, el calor sufocante del sol, y la negra melancolía de los pesares? Mas tenemos un Consolador que nos da descanso, refrigerio y consuelo; y es para nosotros todo bien. Arrojamus en su seno las miserias y congojas que sufrimos, venimos á sus piés llorando entristecidos, y Él disipa nuestros males, restaña nuestro llanto, nos llena de consuelo, nos da su bendición... ¡Oh, cómo no amarle con todo el corazón? ¿ó pudiera la lengua dejar de bendecirlo? Amor, bendición y alabanza, es la humilde y tierna ofrenda que hoy presentamos al Espíritu Divino, y que deseamos presentarle eternamente.

(1) D. August. n. 36. (2) Así Billuart, mas Cerboni pasa adelante diciendo: Non est cur alia in hanc rem ex sacris litteris depromamus: ista enim tam evidenter ostendunt, Paracliti nomen tertiæ personæ SS. Trinitatis proprium esse, ut nullum relinquunt dubitandi locum. Paraclitus enim, ea persona dicitur, quæ distinguitur a Padre et ab eodem mitti et procedere dicitur, quæque etiam a Filio distinguitur, cui futurum esse affirmatur, ut perhibeat testimoniun.